



# ENCUESTA

---



## *¿Votar o no votar?*

Adela Cortina

Carlos Díaz

José María García Escudero

José March

José Luis Sampedro

José Manuel Sánchez Ron



## ***ILUSIONES, POCAS, PERO AL MENOS LUCIDEZ***

Cuando mi tía Amparo iba a la peluquería en los últimos años de su vida, le decía el peluquero: «¡Qué poco pelo tiene!». Y ella contestaba imperturbable: «Pues con eso se tiene que arreglar».

Mi tía a esas alturas de su vida había dejado de creer en los crecepelos. Posiblemente en su juventud los probó todos, pero con tan escaso éxito que acabó conformándose con lo que tenía.

La democracia presuntamente representativa en que hemos venido a parar es algo así como el cabello de mi tía Amparo: poca cosa, pero con eso hay que arreglarse.

Porque dicen los libros que es la democracia representativa un sistema para proteger a los individuos, preocupado por una estructura legal que los defienda y por un contrapeso de poderes que lleve más a una poliarquía que a una democracia. Los ciudadanos no ejercen en él su libertad entendida como autonomía, sino que la delegan en otros, perdiéndola. Porque una autonomía delegada deja de serlo.

Tal vez con un eficaz crecepelo la cosa cambiara, pero aún no se ha inventado. Y, a mayor abundamiento, cuando una lee en los libros lo que tal democracia es se queda pensando que en la nuestra, ni eso. Por eso más vale empezar arreglándose con lo que tenemos, pero —eso sí— con el objetivo de que vaya pudiéndose poco a poco tener más. Y no veo modo más sensato de hacerlo que poner en el asunto político, si no muchas ilusiones, al menos lucidez.

Iré a votar, ciertamente, aunque sólo fuera porque puede interpretarse la abstención como que me importa más tomar el sol que la vida pública, con lo que apoyaría la tesis elitista de que el ciudadano es ser apático en la cosa política, animal —en suma— privado.

Votaré al programa que me parezca más prometedor que los restantes y a los candidatos con más visos de credibilidad. Y entiendo por «prometedor» que proponga una *gestión* de la cosa pública eficaz y justa, viable y moralmente digna. Que la proponga realmente, es decir, no ideológicamente, que ya está una cansada de ideologías, emotivismos y crecepelos.

Que gestionen los políticos el poder que se les da para lograr una sociedad de hombres libres e iguales, y dejen de escudarse en ideologías salvadoras. Cosa de Dios es salvar, los políticos que gestionen, que no invadan más esferas que las que son de su competencia, y que respondan ante los ciudadanos de su gestión bien o mal hecha, que no son seres sobrenaturales, sino mortales vulgares.

Pero —eso sí— no creeré que votando estoy ejerciendo mi autonomía, sino un humilde derecho a voto, que más vale tener que no tener. Mi autonomía, mi capacidad participativa en la vida social, en una vida social que creo necesario transformar, va mucho más allá del juego político institucionalizado, y la siento como mi derecho y como mi responsabilidad.

**Adela Cortina.**

**Catedrática de Filosofía  
del Derecho, Moral y Política.  
Universidad de Valencia.**



## ALIMENTA TU VOTO

**Error:** Porque me veo poco cartesiano rechazo el *voto ergo sum* de quienes piensan que la única posibilidad de existir políticamente consiste en echar el papelito o la papeleta cuatrienalmente en la ranura de la urna, coito frígido sin precalentamiento amoroso en la relación convivencial en que *politeia* consiste.

**Dificultad:** Sinceramente, aunque no estoy por el voto censitario ni por el voto aristocrático, va a ser difícil que alguien me convenza de que todos los votos tienen la misma calidad. Acepto el voto de cantidad («un hombre, un voto»), pero preferiría el voto de calidad («esta persona, este voto»). Aun así la dificultad no me paraliza, y mi empeño y mi modesto acarreo de esfuerzo consiste en lograr el salto dialéctico o cualitativo en política ayudando a los otros a pasar del voto *quantum* al voto *quale*.

**Tentación:** La abstención. A veces, caigo en ella.

**Pregunta saducea:** ¿Es mejor votar, o abstenerse? **Respuesta sincera:** Como no es posible votar y a la vez abstenerse, si decides votar no dejes de la mano al voto tuyo de cada día, alimenta tu voto, controla su higiene, no vaya a ensuciarse, no vayan a engorriñártelo, ojo a su crecimiento, pues voto que no crece muere.

**¿A quién votaré?:** A quien defienda la vida desde el instante mismo de su fecundación, a quien trabaje por la dignidad de todo ser humano, a quien camine hacia el «lo tenían todo en común», a quien ame la libertad-igualdad-fraternidad, el ser por encima del tener, a quien respete a la persona como fin en sí y no la use como un medio.

**¿Y si no existe ese partido?** Pues creémoslo, trabajemos ya en las condiciones que lo harán posible, rectificando la actual política; y no dejes para el otro lo que puedas hacer tú, ni para mañana lo que puedas hacer hoy.

**¿Pero alguien nos votaría?** Lo nuestro es trabajar, lo de ellos decidir. Lo nuestro es no anteponer el éxito al testimonio. Lo nuestro es asumir que se necesita una gran mística para una gran política vivida como justicia y pudor. Lo nuestro es pensar y hacer la política como una organización sistemática de la caridad. Lo nuestro es esto: que a la política se va a perder amando, no a ganar odiando. Pues la política se hace desde la ética, no sin la teodicea.

Carlos Díaz.  
Profesor de Filosofía.  
Universidad Complutense de Madrid.



## ***RESPONSABILIDAD Y LIBERTAD***

La razón de votar es muy clara. Decía el grande y olvidado Chesterton que la democracia consiste en dos principios: que las cosas comunes a todos son más importantes que las de cada uno y que el instinto o anhelo político pertenece al patrimonio común. Pues ¿qué es el voto más que esos dos principios puestos en acción? Todavía añadía Chesterton que votar es el único medio que las gentes modestas tienen de manifestar su opinión.

Contra el voto, ¿qué se alega? Yo tuve la oportunidad de convivir durante una parte de mi vida con los anarquistas, a cuyas cualidades humanas se unía una elementalidad política que les llevaba a hacer bandera de la abstención electoral. También asistí al drama de conciencia con que esos hombres, cuando llegó la hora de la verdad, tuvieron que enfrentarse con la necesidad de votar, como después, durante la guerra civil, tuvieron que aceptar el Estado, y participar en los Gobiernos, y hasta ponerse uniforme. Y es que la realidad acaba siempre mandando sobre las utopías.

Votar en blanco es sólo la forma hipócrita de no votar. Porque votar es un acto esencialmente práctico que sirve, no para subrayar posiciones doctrinales, sino para elegir a los hombres de carne y hueso que nos van a gobernar; y votar en blanco es dejar que otros hagan por nosotros lo que nosotros no queremos hacer. Sin que (salvo algún caso rigurosamente excepcional) sirva la excusa de que todos los candidatos son iguales. Siempre habrá algunos que sean mejores o menos malos. En la vida estamos constantemente decidiendo entre relativos. Nada hay que sea absolutamente bueno. Nada tampoco que sea rematadamente malo.

Pero tomarse el trabajo de elegir, ¿no va contra el pasotismo de los hombres de las modernas sociedades consumistas? Educados para disfrutar y no para responsabilizarse, para reclamar derechos y no para cumplir deberes, en cuanto pueden lo ponen todo (sus iniciativas, su libertad) en manos de unos Estados que en todo el mundo se presentan como omnipotentes, aunque mantengan las exterioridades de la democracia. Les basta a sus súbditos (les va este nombre mejor que el honoroso de ciudadanos) con que se les permita satisfacer su avidez consumista. O dicho con las palabras que, en boca de ellos, ponía Huxley: «Danos televisión y hamburguesas, y no nos fastidies con las responsabilidades de la libertad».

**José María García Escudero.**  
**Historiador.**



## **¿DESENCANTO? COMPROMISO TRANSFORMADOR**

Pese a la intención de restar trascendentalidad al hecho de votar o abstenerse, no puedo abstraerme a mi condición de miembro de una generación que ha luchado por restaurar las libertades democráticas, que pretendía la *ruptura* en vez de una transición que aún no sabemos si ha terminado, y que en aquellos meses que precedieron al 15 de junio de 1977 respiraba ansias de libertad por todos sus poros.

Como otros muchos, he dejado pasar ante mí citas diversas con las urnas desde esas fechas, y por diversas razones, a las cuales no son ajenas la ausencia de opciones electorales que cuestionasen el sistema en profundidad, la negativa a reducir la democracia a depositar un voto cada cierto tiempo, y la aceptación acrítica de ciertos postulados abstencionistas que la organización a la que pertenezco ha sustentado.

Con tales premisas, no sería difícil deducir mi actitud ante los comicios que se avecinan, en una situación política más turbulenta que nunca, con escándalos por todo lo alto, y una previsible alza en la conflictividad sindical y social.

Sucede, sin embargo, que, cuando los acontecimientos mundiales se suceden a ritmo de vértigo, y uno de los bloques que han condicionado la historia de nuestro siglo ha dejado de existir, uno se plantea si no habrá llegado el momento de modificar determinadas conductas no sólo a título personal, sino de la inmensa generación de desencantados por mor de una democracia que se nos ha quedado corta.

Como ha escrito recientemente Noam Chomsky, «la situación es la que es, pero si no hacemos nada será peor...». La crítica sin alternativas o compromisos, el encierro en los cuarteles de invierno, el abstencionismo, etc. ..., algo tendrán que ver en la época de vacas flacas que atravesamos, y en el rebrote de conductas claramente retrógradas.

De manera que en futuras citas con las urnas, sin mala conciencia o nostalgia alguna, es probable que acuda a las mismas, con total cotidianidad, buscando alguna opción transformadora que se plantee los problemas de la sociedad actual (pensar globalmente, actuar localmente), el modelo de desarrollo, el deterioro del planeta y la confrontación Norte/Sur.

Concluyo con Horacio Martínez Prieto que «para los objetivos inmediatos (...) que son los positivamente valederos, es útil compatibilizar todos los modos orgánicos y procedimientos que favorezcan a la realidad y al avance de los ideales que alienten a las mejores esperanzas; y pensar de otro modo es dar más importancia al medicamento que a la salud del hombre».

**José March.**

**Sindicalista.**

**Ex-Secretario General de C.G.T.**



## ***RENUNCIAR AL VOTO ES REFORZAR EL AUTORITARISMO***

Votar o no votar, *that is the question*. Pero la duda de Hamlet se hace en este caso muy sencilla.

Yo comprendo que el espectáculo dado por los políticos (no veo hombres de Estado) es deplorable y que participar le resulta a uno casi contaminante. La combinación de una mayoría absoluta con listas cerradas ha anulado la capacidad de control del parlamento, porque nadie se arriesga a perder su puesto en el pesebre votando, según su conciencia, contra la línea del partido. Así impone el ejecutivo sus propias leyes, que luego el judicial se ve obligado a cumplir. El escaso margen de interpretación de los jueces junto con la prensa (a veces con lamentables excesos) son ahora el único control frente al poder en esta democracia autoritaria. Pero la oposición no promete con sus actos mejores perspectivas y así surge la tentación de no votar.

Pero si no votamos seremos más cómplices que si lo hacemos. Renunciar al ejercicio del voto aunque no sea (como es en la mayoría de los casos) por mera pereza de acercarse al colegio electoral, es reforzar el autoritarismo. Y si hay jueces dignísimos que aprovechan, en favor de la justicia, los resquicios que deja la ley injusta, igualmente existen márgenes de acción correctora en toda elección. Por ejemplo: el voto eficaz al partido que pueda erosionar la mayoría absoluta. Otro ejemplo: votar en blanco, que es el rechazo inequívoco a todos, sin que pueda interpretarse a capricho como lo permite la abstención.

Por lo tanto: Votar. Ésa es la cuestión



## **RAZONES PARA PARTICIPAR (O NO PARTICIPAR) EN LAS PROXIMAS ELECCIONES**

Se ha dicho muchas veces que la democracia es el menos malo de los sistemas políticos. No deja de ser ésta, es evidente, una pésima definición, pero tiene la virtud de poner énfasis en un hecho que puede darse, sin duda alguna, en una democracia. Entra dentro de lo posible que la mayoría decida mal, erróneamente. O que los representantes elegidos defrauden las esperanzas puestas en ellos.

Todo esto es cierto, pero no es toda la verdad. Es bien sabido que aprendemos tanto de nuestros aciertos como de nuestros errores, y si nos hemos equivocado debemos adoptar la postura constructiva de actuar para corregir nuestras equivocaciones (si, por el contrario, pensamos que hemos acertado, lo lógico es insistir en nuestras decisiones). Ésta es una razón para participar en las próximas elecciones generales. Lo contrario sería, en cierto sentido, abandonar uno de los principales métodos que tienen los seres humanos para conocer, lo que casi es tanto como decir, no hacer honor a nuestra racionalidad. Sin olvidar que en un sistema democrático el individuo, *todos* los individuos, adquieren un protagonismo central, básico, superior al que tienen en otros sistemas. Renunciar a tomar decisiones, al riesgo de equivocarse, a la oportunidad de corregir errores, confirmar aciertos o renovar confianzas es, de alguna manera, renunciar a la esencia de la democracia.

En tiempos de incertidumbres, acaso de frustraciones, ésta es, en mi opinión, la actitud más adecuada, más transparente. La no participación, por el contrario, puede estar sujeta a todo tipo de interpretaciones.